

La luz de la fe, esperanza de los jóvenes

VÍCTOR M. FERNÁNDEZ NAVARRO

SERGIO GARCÍA CARLOS

Introducción

El tema del XX Congreso Católicos y Vida Pública -*Fe en los jóvenes*-, y el Sínodo de los Obispos convocado por el Santo Padre para este año 2018 -“Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”- nos animan a exponer en estas páginas unas reflexiones que, como jóvenes católicos, queremos compartir.

En estas líneas no buscamos profundizar en la importancia de los jóvenes, pues la elección del lema del Congreso y del Sínodo ya permiten tomar conciencia de ello. Queremos hacer unas reflexiones, por tanto, que trasciendan la importancia de la juventud desde una perspectiva demográfica y de relevo generacional, pues dicha importancia ha tenido -y tendrá- lugar en todas las épocas, máxime en la Iglesia que, custodiando y proclamando el depósito de la fe “contenido en la sagrada Tradición y en la sagrada Escritura” (CEE n. 84), repite junto a san Pablo: “os he transmitido, en primer lugar, lo que yo mismo he recibido” (1 Co 15, 3).

Desde la perspectiva de dos jóvenes, queremos reflejar algunas consideraciones acerca de qué necesita la juventud del siglo XXI, de cuáles son algunos de los problemas a los que tiene que enfrentarse y de cómo puede la Fe iluminar los caminos que se abren ante los jóvenes. Asimismo, queremos destacar de manera eminente el papel que la Iglesia tiene en esta responsabilidad y que el Santo Padre ha querido subrayar al convocar este Sínodo, en cuyo Documento Preparatorio leemos: “La Iglesia quiere reiterar su deseo de encontrar, acompañar y cuidar de todos los jóvenes, sin excepción. No pode-

mos ni queremos abandonarlos a las soledades y a las exclusiones a las que el mundo les expone”.

Si este Congreso Católicos y Vida Pública ha adoptado el lema “Fe en los jóvenes”, nosotros queremos hablar de la fe de los jóvenes, que no es otra que la fe de los mayores, la única fe en Cristo, que es “garantía de lo que esperamos, prueba de lo que no vemos” (Hb 11, 1). Ahondando de esta forma en cuánta necesidad hay, particularmente en los jóvenes, de creer aun sin ver, de tener fe y de encontrar así luz y esperanza.

¿Cuál es la aspiración de un joven en el siglo XXI?

El siglo XXI, caracterizado por la globalidad, la intercomunicación y la rapidez ha llevado a lo que muchos pensadores han calificado de “modernidad líquida (v. gr. Zygmunt Bauman), una comunidad social relativista y escéptica: “si hay una palabra que pueda sintetizar el espíritu de la post-modernidad, sin duda sería ‘light’”¹. En este contexto tan novedoso, y en el que los jóvenes hemos nacido y nos hemos criado, cabe plantearse: ¿a qué aspira un joven hoy en día?

La inmediatez de la vida actual hace que muchos opten por aquello que ofrece un resultado próximo, eludiendo todo lo que brindando un beneficio a medio o largo plazo supone un compromiso y una espera paciente. Del mismo modo aspira a conseguir lo que quiere de la forma menos sacrificada, y si le puede ser facilitada por otro -o por un Estado prestacional del bienestar- tanto mejor. Busca una vida “libre”, donde no quepa ninguna norma ni juicio, que le permita disfrutar de los placeres hedonistas y siempre con la posibilidad de evitar las consecuencias naturales y lógicas de sus actos, algo que destaca sobremanera en la dimensión sexual. Muchos jóvenes aspiran, en conclusión, a ser autosuficientes -sí no consideran ya que lo son-, a configurarse ellos mismos como la medida del bien y del mal. Ese parece ser el modelo social deseable: un joven autónomo y prometeico, independiente, que cede ante la permanente tentación del demonio: “seréis como dioses” (Gen 3, 5).

Así lo afirmaba magistralmente Su Santidad Benedicto XVI en la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid: “Hay muchos que, creyéndose dioses, piensan no tener necesidad de más raíces ni cimientos que ellos mismos. Desearían decidir por sí solos lo que es verdad o no, lo que es bueno o malo, lo justo o lo injusto; decidir quién es digno de vivir o puede ser sacrificado

1 PAUL POUPARD, “Conferencia pronunciada en la Fundación Universitaria Española”. Revista *Eclesía*, nn. 3060-61, 4 y 11 de agosto 2001.

en aras de otras preferencias; dar en cada instante un paso al azar, sin rumbo fijo, dejándose llevar por el impulso de cada momento. Estas tentaciones siempre están al acecho. Es importante no sucumbir a ellas, porque, en realidad, conducen a algo tan evanescente como una existencia sin horizontes, una libertad sin Dios. Nosotros, en cambio, sabemos bien que hemos sido creados libres, a imagen de Dios, precisamente para que seamos protagonistas de la búsqueda de la verdad y del bien, responsables de nuestras acciones, y no meros ejecutores ciegos, colaboradores creativos en la tarea de cultivar y embellecer la obra de la creación. Dios quiere un interlocutor responsable, alguien que pueda dialogar con Él y amarle. Por Cristo lo podemos conseguir verdaderamente y, arraigados en Él, damos alas a nuestra libertad. ¿No es este el gran motivo de nuestra alegría? ¿No es este un suelo firme para edificar la civilización del amor y de la vida, capaz de humanizar a todo hombre?”².

Sin embargo, la evidencia de un mundo impersonal y relativista lleva a otros muchos a querer cimentar su casa sobre roca y no sobre arena (cf. Mt 7, 24-27), a buscar la Verdad allí donde se encuentre, a aceptar la existencia de un orden natural y una ley moral que nos trascienden y cuya obediencia no nos resta libertad. Estos otros jóvenes no quieren ser eremitas, aspiran a poder vivir en la misma sociedad, pero haciéndolo en el ejercicio de las virtudes.

Quieren encontrar ideales por los que merezca la pena luchar, proyectos en los que implicarse, quieren saciar el sentimiento de trascendencia y encontrar en Dios el descanso de un corazón intranquilo como expresó san Agustín. El joven, en cualquier época histórica, igual que en las demás etapas que atraviesa conforme avanza su vida, quiere comprender el valor de la caridad, quiere ser generoso y comprender que hay más alegría en dar que en recibir.

Los jóvenes aspiran a vivir de una forma plena que dé sentido al placer y al dolor, a la soledad y a la compañía, aspiran a comportarse de una forma que dé sentido y plenitud a la vida. Buscan ese encuentro con el Señor, en la medida en que “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”³. Buscan un modelo imitable, un mensaje que les cautive y una ejemplaridad que les inste a seguirla: Jesucristo y la buena noticia del Evangelio. Por eso afirmamos que al Señor es imposible conocerle y no amarle, amarle y no seguirle y que, aun así, a lo largo de toda nuestra vida desde niños hasta ancianos le decimos con confianza: Señor, yo creo, pero aumenta mi fe [cf. Mt 9, 14].

2 BENEDICTO XVI. “Discurso en la Fiesta de Acogida de los Jóvenes en la Plaza de Cibeles”. XXVI JMJ. Madrid: 18 de agosto de 2011.

3 BENEDICTO XVI. Carta Encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

2.1. *¿Difiere de las aspiraciones de jóvenes de otras épocas?*

Profundizando en estas reflexiones nos planteamos si acaso las aspiraciones que inclinan el corazón de los jóvenes son, hoy día, diferentes de las que tenían los jóvenes de otras épocas. A nadie le es ajeno que los adultos y ancianos de hoy son los jóvenes de ayer, pero quizá puede suceder que los recuerdos acaben distorsionados y que, por el paso del tiempo, se piense que cualquier tiempo pasado fue mejor, como escribió Jorge Manrique. Eso puede llevar a idealizar el pasado y pensar que las aspiraciones de los jóvenes de hoy en día son diferentes, y muchas veces peores. También se corre el riesgo de creer que lo que un anciano pensó en su juventud es lo mismo que creen hoy día los jóvenes, atribuyendo a los jóvenes en general el afán, las motivaciones o la búsqueda de novedades que él mismo experimentó décadas atrás.

Sin embargo, revisar los textos del magisterio nos permite reseñar que en el fondo estas aspiraciones no son tan diferentes. Así, por ejemplo, si se piensa que los niños y los jóvenes son hoy más que nunca -o al menos más que las generaciones que les precedieron- rebeldes, caprichosos, egoístas, que se creen autosuficientes y se dejan arrastrar por la pasión y el agrado fácil, podríamos recordar lo que Su Santidad Pío XII, de feliz memoria, ya afirmaba en 1941: “Los padres y madres se quejan con frecuencia, en nuestros días, de que no logran hacerse obedecer por sus hijos. Niños caprichosos que a nadie hacen caso. Adolescentes que rehúyen toda guía. Jóvenes y muchachas que no toleran ningún consejo, sordos a todo aviso, afanosos de ser los primeros en los juegos y en las carreras, encaprichados en hacerlo todo por su cuenta y razón, creyendo que sólo ellos comprenden las necesidades de la vida moderna. En fin -se dice-, la nueva generación no está de ordinario dispuesta (salvo raras y apreciables excepciones) a inclinarse ante la autoridad del padre y de la madre. ¿Y cuál es la razón de esta actitud indócil? La que ordinariamente se da, es que hoy día los hijos no poseen muchas veces el sentido de la sumisión y del respeto debido a los padres y a su voz; que en la atmósfera de ardiente altivez juvenil en que viven, todo tiende a hacer que se desprendan de toda deferencia hacia sus padres y terminen por perderla; que todo lo que ven y oyen a su alrededor acaba por aumentar, inflamar y exasperar su natural y poco domada inclinación a la independencia, su desprecio del pasado, su avidez del porvenir”⁴.

La actualidad de su mensaje nos resulta innegable y parece así que se refiere a los jóvenes en general, pues tanto vale para los de 1941 como para

4 PÍO XII. “Discurso sobre la autoridad en la familia: padres e hijos”. 24 de septiembre de 1941.

los que, setenta años después, parecen conservar esas mismas aspiraciones. Igualmente lo expresa san Pablo VI, que equipara a los jóvenes de 1970 con los de épocas anteriores, y nosotros nos permitimos extender la comparación a los de esta época: “es en nosotros mismos donde es necesario buscar la causa de la situación actual de las vocaciones en el mundo. En nosotros, decíamos, y no en el espíritu de los jóvenes, cuya generosidad no es hoy menor que ayer”⁵.

Frente a algunos profetas de calamidades que afirman que los jóvenes de hoy día solo quieren vivir sin complicaciones, egoístamente, dejándose llevar por el espíritu del mundo y priorizando el placer, nosotros afirmamos que no es así. Y acogemos con intensa alegría las palabras de Benedicto XVI: “Algunas personas me dicen que a los jóvenes de hoy no les interesa esto. Yo no estoy de acuerdo y estoy seguro de tener razón. Los jóvenes de hoy no son tan superficiales como se dice de ellos. Quieren saber qué es lo verdaderamente importante en la vida”⁶.

2.2. ¿Cuál es la diferencia, entonces, entre los jóvenes de hoy día y los del siglo pasado?

La diferencia, por tanto, creemos que no se encuentra en los deseos más profundos del corazón del joven, sino más bien en el contexto en que el joven madura y crece. Ya hemos afirmado que la sociedad del siglo XXI ha experimentado cambios de calado que hacen que parezca radicalmente distinta a la de otras épocas, y son precisamente estos cambios, estos medios para alcanzar un mismo fin al que naturalmente -o quizá de una forma sobrenatural, trascendente- tiende el hombre, los que marcan la diferencia entre los jóvenes de ayer y los de hoy.

Volvemos a recordar a Su Santidad Benedicto XVI, pues sus palabras son las que nos dan una respuesta a esta pregunta: “Tenéis que saber qué es lo que creéis. Tenéis que conocer vuestra fe de forma tan precisa como un especialista en informática conoce el sistema operativo de su ordenador, como un buen músico conoce su pieza musical. Sí, tenéis que estar más profundamente enraizados en la fe que la generación de vuestros padres, para poder enfrentaros a los retos y tentaciones de este tiempo con fuerza y decisión. Necesitáis la ayuda divina para que vuestra fe no se seque como una gota de rocío bajo el sol, si no queréis sucumbir a las seducciones del consumismo, si

5 SAN PABLO VI. “Mensaje por la VII Jornada Mundial de oración por las vocaciones”. 15 de marzo de 1970.

6 BENEDICTO XVI. Prólogo de *Youcat*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2011.

vuestro amor no quiere ahogarse en la pornografía, si no queréis traicionar a los débiles ni dejar tiradas a las víctimas”⁷.

En conclusión, si hay algo que distingue a los jóvenes de hoy y los de otras épocas, no es tanto lo que busca un corazón ardiente e inquieto para descansar, sino los riesgos que debe afrontar. Hoy día son mayores los peligros que se le presentan para vivir de forma coherente su Fe y mayores son los obstáculos que el mundo y la sociedad ponen para evitar un auténtico seguimiento de Cristo como parte de la Iglesia. Hoy día, en definitiva, parece que el demonio reitera de una forma más fuerte e insistente: “seréis como dioses”.

¿Cómo atender a esas aspiraciones? Qué necesita verdaderamente un joven hoy

Quizá lo primero que cabe destacar llegado a este punto, la primera necesidad de un joven hoy, es la idea que ya hemos citado de Su Santidad Benedicto XVI: debe saber qué es lo que cree. El joven necesita conocerse y conocer qué cree, y para ello es de gran importancia recordar lo que proclamó el Concilio Vaticano II: “Los cristianos, en la formación de su conciencia, deben prestar diligente atención a la doctrina sagrada y cierta de la Iglesia. Pues por voluntad de Cristo la Iglesia católica es la maestra de la verdad, y su misión consiste en anunciar y enseñar auténticamente la verdad, que es Cristo, y al mismo tiempo declarar y confirmar con su autoridad los principios de orden moral que fluyen de la misma naturaleza humana”⁸.

Este es el primer toque de atención que nos permite ubicarnos: el joven que, como hemos dicho, quiere asentar su vida en sólidos cimientos, debe apoyarse en la Iglesia docente, que es madre y maestra, que en un acompañamiento comprensivo, tierno, generoso pero constante y firme, debe estar junto al joven, evitándole la soledad y la exclusión, escuchando sus inquietudes para protegerle y enseñarle a afrontar los peligros y obstáculos del mundo en que vive.

En este sentido, para que efectivamente los jóvenes sean conocedores de la doctrina y el magisterio de la Iglesia, es imprescindible que éste se caracterice por la solidez, claridad y continuidad en sus pronunciamientos, como ya apuntaba el Papa Francisco a propósito de la renuncia de Benedicto XVI en la encíclica *Lumen fidei*: “El Sucesor de Pedro, ayer, hoy y siempre, está

7 BENEDICTO XVI. Prólogo de *Youcat*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2011.

8 CONCILIO VATICANO II. Declaración *Dignitatis Humanae*, n. 14.

llamado a ‘confirmar a sus hermanos’ en el incommensurable tesoro de la fe, que Dios da como luz sobre el camino de todo hombre”⁹.

Reconociendo que el mismo Cristo instituyó la sucesión apostólica y que, atendiendo a las necesidades de la realidad secular, es imprescindible que ésta se produzca para seguir proclamando el Evangelio, es también cierto que el sucesor de Pedro tiene como función primigenia mantener inmutable el depósito de la fe, tal y como lo recibimos de Cristo. No obstante, hemos de afirmar que en los recientes años nos parece que los pronunciamientos pontificios, más allá de intentar transmitir el mensaje adaptándolo al lenguaje y a las necesidades de comunicación de hoy día, han sido confusos, ambiguos y han admitido interpretaciones que permiten poner en duda la Verdad revelada por Cristo, ocasionando una desorientación, especialmente en los jóvenes, que puede poner trabas o incluso impedir que sus vidas estén arraigadas y edificadas en Cristo.

Esta grave situación, si cabe, se ha visto acentuada por la diferente interpretación que el episcopado ha ido dando a los diferentes pronunciamientos magisteriales, encontrándonos con diversas formas de acogida e incluso aplicación de los documentos pontificios en las diferentes Iglesias particulares. No pretendemos sino que haya una unidad en el episcopado católico y, siendo en ellos sobre los que recae la función de enseñar al pueblo fiel, que lo hagan con unidad de criterio y con fidelidad a la Sede Apostólica, lo cual ayudará de forma decisiva a que los jóvenes conozcan sin vacilaciones el contenido íntegro y pleno del mensaje del Evangelio, el contenido de la única fe revelada por Jesucristo y permanentemente enseñada por su esposa la Iglesia que, siendo Una, recuerda la cita de san Pablo “un solo Señor, una sola fe” (Ef 4, 5).

En relación con lo anterior, otra necesidad que resulta fundamental para los jóvenes, particularmente en esta época, es una adecuada formación y educación. En primer lugar, el origen de esta educación católica debe encontrarse en la familia, pues es un deber que los padres asumieron ya en el momento de contraer matrimonio, al estar entre los fines de esta institución la “generación y educación de la prole” (c. 1055 CIC). Como señala el apóstol san Pablo en su carta a los Efesios “vosotros, oh padres, no provoquéis ira a vuestros hijos: antes educadlos en la disciplina y en las enseñanzas del Señor” (Ef. 6,4).

Los jóvenes de nuestro tiempo necesitan, quizá más que nunca, tomar conciencia de la importancia de su formación católica ya que es una conse-

9 FRANCISCO. Carta Encíclica *Lumen fidei*, n. 7.

cuencia que deriva del bautismo y es esencial para el adecuado ejercicio del apostolado misionero al que somos llamados los jóvenes católicos y en el que tanto empeño está poniendo el Papa Francisco, cuyas palabras secundamos: “no escatimemos esfuerzos en la formación de los jóvenes”¹⁰.

Siguiendo con esta idea, son varios los aspectos en los que necesita formarse el joven católico. Por un lado, y en línea con lo que ya hemos señalado, es imprescindible que tenga un amplio y sólido conocimiento de la doctrina católica, del catecismo y del magisterio de la Iglesia ya que ello le permitirá ahondar en el conocimiento de su fe y contribuirá a su vida espiritual y a su relación con Dios. También debemos apuntar, especialmente en el marco de este Congreso y como seña de identidad de la ACdP, el necesario conocimiento que han de tener los jóvenes de la Doctrina Social de la Iglesia, que les proveerá de las herramientas necesarias para comportarse y actuar con criterios firmemente católicos en todas las facetas de la vida pública.

Por otro lado, el joven católico necesita de una adecuada formación del carácter y de la conciencia. Como hemos señalado, nuestra realidad social dominada por la primacía del relativismo, por la preponderancia de los sentimental frente a lo razonado, por la preeminencia de las actitudes viciadas frente a las virtuosas; hace que la formación del carácter y de la conciencia se torne más complicada y a la vez más necesaria que en tiempos anteriores. Esta idea ya la apuntaba el padre Ayala en muchos de sus escritos, basta traer a colación uno de ellos para ver la importancia que daba -y debe darse- al carácter: “Faltan caracteres. Hombres rectos, cumplidores constantes de todos sus deberes; que hablen claro, que exijan lo debido a los demás, que sepan oponerse a la injusticia, que sepan sufrir por la verdad, que se sacrifiquen por el bien común. [...] Sobran jóvenes católicos que no tienen valor [...]. Falta fe, sangre, amor a Jesucristo, conciencia de la propia dignidad, deseo del bien común, amor a la Patria”¹¹.

Ahora bien, en la educación y en la recta formación del carácter y de la conciencia que culminará en el conocimiento de la Verdad el joven no puede estar sólo. El joven necesita pedir consejo para no abandonarse a sus impulsos, a sus criterios y a sus ideas, y este consejo debe encontrarlo en la figura del director espiritual, figura ésta que quizá es, hoy más que nunca, necesario recuperar. En este sentido debemos recordar estas palabras del padre Ayala: “El supuesto de que los jóvenes lo saben todo y no necesitan ni les convienen los consejeros [...] es disparatado. Cuanto más sabio es un hombre, cuantos más años tiene, más ve la necesidad de pedir consejo. Y por lo mismo, es pura

10 FRANCISCO. Homilía en la Catedral de San Sebastián. XXVIII JMJ, 27 de julio de 2013.

11 AYALA, Ángel. “Consejos a los jóvenes”. En *Obras Completas*, vol. III. Madrid: BAC 613, 2001, p. 508.

aberración que se deje a la juventud abandonada a sus impulsos, sus ideas, sus criterios y su experiencia”¹².

Más que nunca en nuestro tiempo el joven está sometido a una serie de “ruidos” que le dificultan el encuentro con Cristo y que le pueden hacer pasar por alto los signos de la llamada que a todos nos hace. De ahí la importancia de un director espiritual al que concierne “no el dominio, sino el consejo, la amistad y la capacidad de apertura, y el arte, que debemos enseñar a los jóvenes, de reflexionar sobre sí mismos y de ver en la escena del mundo que les rodea, un lugar donde debe realizarse el Reino de Dios”¹³.

Finalmente, el joven católico necesita, para llevar a cabo su tarea, aprender a imitar a Cristo, lo que le permitiría seguirle de una forma más perfecta. Nos preguntamos con san Agustín: “¿qué es seguirle sino imitarle? Pues Cristo padeció por nosotros dejándonos el ejemplo, como dice el apóstol Pedro, para que sigamos sus huellas (1 P 2, 21). Se le sigue en la medida en que se le imita. No en el hecho de ser el Hijo único de Dios que hizo todas las cosas, sino en lo que, como Hijo del hombre, ofreció en sí para que lo imitases porque convenía. Y son muchas las cosas que en él se proponen a la imitación de todos los hombres”¹⁴. El Santo Padre muy recientemente reiteraba este llamamiento: “queridos jóvenes, vale la pena seguir a Cristo, ¡vale la pena! No tengamos miedo a formar parte de la revolución a la que él nos invita”¹⁵. Son efectivamente muchas las cosas en las que los jóvenes podemos imitar a Cristo, si bien ahora sólo nos detendremos en un par de ellas.

Nosotros como jóvenes católicos necesitamos imitar a Cristo en su vida espiritual, en su oración, en su constante relación con el Padre. La vida de Jesús fue una vida de oración tal y como nos transmitieron los evangelistas. La oración debe ser el primer deber del joven católico, una oración sincera en la que se busque la comunión con el Padre, en la que a través de ella nos dejemos modelar por su acción divina, en la que demos gracias por su constante obra salvífica sobre la humanidad y en la que le pidamos lo que necesitamos, pero “pidiendo bien”, recordando la advertencia de Santiago Apóstol “pedís y no recibís, porque pedís mal, para dar satisfacción a vuestras pasiones” (St 4, 3). Pidiendo, pues, que nos dé las fuerzas y herramientas necesarias para buscar la santidad y hacer presente el Reino de Dios en la tierra.

12 AYALA, Ángel. “Formación de selectos”. En *Obras Completas*, vol. I. Madrid: BAC 602, 1999, p. 253.

13 GONZÁLEZ, MARCELO. Carta Pastoral *Un seminario nuevo y libre*. Segunda parte, I, 7, que cita a su vez *Insegnamenti di Paolo VI*. IX. 1971, p. 418.

14 SAN AGUSTÍN. *La santa virginidad*. Capítulo 27.

15 FRANCISCO. *Discurso en el encuentro con los jóvenes en la Catedral de Vilna*. 22 de septiembre de 2018.

Y también necesitamos los jóvenes católicos imitar a Cristo en su vida de caridad. En su condición de Hijo de Dios, la vida de Jesús fue también una vida de renunciaciones y sacrificios, de constante entrega a los pobres y necesitados, que le llevó al mayor sacrificio de todos, a la mayor obra de amor por los hombres: entregar su vida por nuestra salvación. Por eso el joven católico si quiere ser feliz ha de corresponder a Cristo y llevar una vida de sacrificio y caridad activa, sin ceder ante las presiones del mundo. Como señalaba el padre Ayala: "Jóvenes católicos, que andáis hambrientos de dicha, mendigándola en los esparcimientos y deleites del mundo: equivocáis el camino. [...] Sed apóstoles, renunciad al honor vano de los puestos, buscad a Dios en vuestros trabajos, sacrificad vuestras diversiones, sed generosos con los pobres en darles limosnas, visitad a los pobres de las conferencias, subiendo a las buhardillas a sentir miserias y consolarlas. Ése es el camino de la felicidad, y no hay otro. Y ese mismo es el de la fecundidad en la labor del apostolado. Si queréis hacer grandes cosas de la gloria de Dios, no busquéis las honras, ni los provechos, ni las altas direcciones, ni la fama; sino el trabajo oculto, sacrificado. Es el gran secreto del apóstol"¹⁶.

Y si en algún momento el joven vacila, tiene dudas en su vida de fe, ha de recurrir al ejemplo de vida de aquellos que les precedieron o le son contemporáneos. Los jóvenes necesitan el ejemplo de los que les enseñan, de sus padres, catequistas y de los formadores cristianos. También de aquellos que reciben de Cristo el mandato de pastorear Su rebaño: el ejemplo de los sacerdotes, de los obispos y del Santo Padre. Y, por supuesto, necesitan del ejemplo de aquellos que nos precedieron en el signo de la fe y que ya se encuentran gozando de la presencia de Dios, de santos que junto a María y los coros celestiales se encuentran adorando a Dios.

Como señaló Su Santidad Pío XII "la mejor lección es siempre la del ejemplo"¹⁷. Y, entre estos ejemplos, creemos oportuno recoger otras palabras de Pío XII que conservan hoy día plena vigencia: "cierto que han cambiado los tiempos, han mudado las costumbres, han variado aspectos y métodos de educación; pero la verdadera y genuina figura de Luis Gonzaga, queda y quedará siempre como sublime modelo cuyos ejemplos y rasgos se adaptan a los jóvenes de todos los tiempos. Por eso [se proclamó] a Luis Gonzaga como Patrono celestial de toda la juventud cristiana"¹⁸. Y, junto a él, encontramos el ejemplo de muchos a cuyo amparo nos podemos acoger en nuestra oración, rogando su intercesión.

16 AYALA, ÁNGEL. "Formación de Selectos". En *Obras Completas*, vol. I. Madrid: BAC 602, 1999, p. 346.

17 PÍO XII. Discurso sobre los educadores de almas (Audiencia General). 31 de enero 1940.

18 PÍO XII. Discurso sobre la misión educadora (Audiencia General). 21 de junio 1939.

Al recordar las palabras de Cristo a sus apóstoles “porque yo os he dado el ejemplo, para que como yo hice con vosotros así vosotros lo hagáis” (Jn 13, 15), los jóvenes sentimos que la ejemplaridad resulta necesaria más que de otras personas de quienes, habiendo recibido el sacramento del orden sacerdotal, son *alter Christus*, y particularmente de quien es el Vicario de Cristo, nuestro Santo Padre. En la sociedad del siglo XXI, de la comunicación y la inmediatez, los jóvenes católicos necesitan ver en las personas con más relevancia mediática que el camino del Evangelio es posible, necesitan ver en las obras de estas personas que el mensaje de Cristo es el único camino hacia la perfección y la santidad, y con ello el único medio para ser feliz. Este llamamiento que hacemos, esta exigencia de ejemplaridad que necesitan no sólo los jóvenes sino todos los creyentes, adquiere en estos tiempos una particular intensidad, en una situación que muchas veces es desconcertante y, por eso mismo, angustiada para tantas almas. Creemos que es a la vez derecho y deber de los fieles exigir de nuestros prelados que, en primer lugar, se predique con el ejemplo y, de no ser así, que bajo ninguna circunstancia sus palabras y su doctrina -más allá de sus propias acciones- puedan oponerse al Magisterio y la Tradición de la Iglesia, depósito de las enseñanzas de Cristo, puesto que en tal caso ni siquiera encontramos la defensa que Cristo nos propuso frente a los fariseos: “Haced y guardad lo que os digan, pero no los imitéis en las obras, porque ellos dicen y no hacen” (Mt 23, 3). En tal caso, hacer y guardar lo que se dice puede ser, por desgracia, piedra de tropiezo para el hombre.

Tomando en consideración estos aspectos que los jóvenes necesitan en su vida cristiana, humildemente pensamos estarán mejor dispuestos para atender a la aspiración de vivir de una forma coherente su fe y el mensaje del Evangelio. Y, finalmente, a la aspiración a la que todos hemos sido llamados universalmente por Cristo que no es otra sino la de la santidad, a la que el Papa Francisco ha dedicado una reciente Exhortación Apostólica, en la que nos recuerda que “la vida cristiana es un combate permanente [...] contra el mundo y la mentalidad mundana, que nos engaña, nos atonta y nos vuelve mediocres sin compromiso y sin gozo [...], contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones [...], contra el diablo, que es el príncipe del mal”¹⁹. Tal es el mensaje de san Pablo: “No os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Rm 12, 2).

Durante el desarrollo del Sínodo sobre los jóvenes hemos oído las palabras del Cardenal Robert Sarah que advierte: aguar la doctrina moral de la

19 FRANCISCO. Exhortación Apostólica *Gaudete et exsultate*, n. 158 y 159.

Iglesia no atraerá a los jóvenes. Estamos de acuerdo, los jóvenes no necesitamos que se flexibilice la moral, que se abajen los modelos de santidad. No. Lo que necesitamos es que se nos transmita íntegro el mensaje de Cristo, que se propongan actitudes ejemplares y se nos acompañe en el combate contra un mundo que cada vez rechaza más las enseñanzas reveladas por el Divino Maestro, haciendo escarnio de ellas.

Tal fue la advertencia de san Pablo VI, aunque referida a la vocación sacerdotal: “No es, por tanto, haciendo más fácil el sacerdocio -liberándolo, por ejemplo, de aquello que la Iglesia Latina desde siglos considera su gran honor: el celibato- como se volverá más deseado el acceso al mismo sacerdocio. Los jóvenes se sentirán atraídos todavía menos por un ideal de vida sacerdotal menos generosa. No es en este sentido en el que debemos orientarnos”²⁰. Pero podemos aplicarlo a cualquier otra vocación de vida: los jóvenes no necesitamos que se relajen las normas que Cristo instituyó, los jóvenes necesitan que se les enseñe que es posible vivir el Evangelio, siguiendo el ejemplo de personas virtuosas y con el acompañamiento de la Iglesia. Los jóvenes necesitamos encontrar en la Fe nuestra esperanza, confiar en la gracia de Dios, y afirmar con segura certeza: “Todo lo puedo en Aquel que me conforta”.

Conclusiones

Sabemos que el mundo se ha opuesto de manera permanente al mensaje de Cristo, pero igualmente sabemos que Él ha vencido y que sus Palabras no pasarán nunca. Así, no resulta extraño que el mundo actual no diste tanto del plasmado por san Agustín en el s. V: “Que los pueblos prodiguen sus aplausos no a los defensores de sus intereses, sino a los que generosamente dan pábulo a sus vicios. Que no se les den mandatos difíciles ni se les prohíban las impurezas [...]. Que sea tenido como enemigo público la persona que sienta disgusto ante tal “felicidad”. Y si uno intentara alterarla o suprimirla, que la multitud, dueña de su libertad, lo encierre donde no se le pueda oír”²¹. Esto debe recordarnos, tanto a jóvenes como a adultos, que estamos en el mundo pero no somos del mundo; somos de Cristo y cumpliendo sus mandatos y preceptos trabajamos por el Reino de Dios, al tiempo que somos odiados y perseguidos por el mundo (cf. Jn 15, 18 y ss.).

A los jóvenes, particularmente, nos interpelan las palabras de Su Santidad Benedicto XVI: “sed prudentes y sabios, edificad vuestras vidas sobre

20 SAN PABLO VI. “Mensaje por la VII Jornada Mundial de oración por las vocaciones”. 15 de marzo de 1970.

21 SAN AGUSTÍN. *La ciudad de Dios*. Libro II, Capítulo 20.

el cimiento firme que es Cristo. Esta sabiduría y prudencia guiará vuestros pasos, nada os hará temblar y en vuestro corazón reinará la paz. Entonces seréis bienaventurados, dichosos, y vuestra alegría contagiará a los demás. Se preguntarán por el secreto de vuestra vida y descubrirán que la roca que sostiene todo el edificio y sobre la que se asienta toda vuestra existencia es la persona misma de Cristo”²².

Los jóvenes necesitan cimentar la vida en Cristo, y para ello deben conocerle, amarlo y seguirle. Sin modificar su mensaje, sin alterar su doctrina, sin reducir su exigencia: “Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre” (Hb 13, 8). Y así poder transmitir de manera plena lo que hemos recibido, llevar el Evangelio a todas las personas y dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos la pidiere (cf. 1 Pe 3, 15).

²² BENEDICTO XVI. “Discurso en la Fiesta de Acogida de los Jóvenes en la Plaza de Cibeles”. XXVI JMJ, 18 de agosto de 2011.